

quizás en el fondo no se ofendía tanto como hubiera querido. Pero que no tuvieran consideraciones con Juana, a quien ella colocaba en el fondo de su alma, por encima de todo, y cuyos grandes ojos reflejaban la belleza y el azul del cielo, era el colmo de la perversidad y la ponía fuera de sí.

—¿Es eso lo que querías decirme?—preguntó a Juana.—¡Bah, nos defenderemos!

Juana tenía para protegerla, no solo el cariño tan decidido de su hermana, sino también la ternura de otro, el amor que sentía nacer en el corazón del interno, amor que ella sentía por Andrés, y que ocupaba ya tanto sitio en su corazón, que no quedaba en él lugar para ningún otro.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS

"ALFONSO GARCÍA"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

X

El tío y el sobrino.

El interno abandonaba la casa de la calle Vizconti en un estado de turbación extraordinario.

Turbación deliciosa que todos los enamorados han conocido!

Decía para sí, que había encontrado la mujer ideal que soñaba, que ninguna otra podría reemplazarla, y que no podría olvidarla aun cuando se lo propusiera.

La imagen de Juana, estaba de tal modo grabada en su imaginación, sus facciones se imprimían tan clara y profundamente en ella, que nada podría borrarlas ya.

La había visto a satisfacción. Había oído su voz, que penetraba hasta su corazón y hacía vibrar todos sus nervios; había, por decirlo así, respirado aquel perfume de gracia, de pureza, de amor, que Juana exhalaba como una flor de primavera.

Andrés salía embriagado.

Le parecía—¿era una ilusión?—que los ojos de la joven se fijaban en él con complacencia, que existía entre ellos una corriente de simpatía y,

en una palabra, que habían nacido para entenderse.

—¿Por qué no había de amarle Juana Aubin?
—¿Por qué causa le rechazaría cuando fuera á decirle:

—Estais sola; sois pobre. Yo no soy mucho más rico que vos, pero no habrá sacrificio que yo no haga para proporcionaros una existencia digna de vos. Intentaré esfuerzos sobrehumanos para conseguirlo. Si la fortuna nos es contraria, nos refugiaremos en cualquier pueblecito y nos contentaremos con una existencia honrada y modesta, demasiado favorecida por la suerte, puesto que podremos ayudarnos el uno al otro, seguros de un eterno afecto.

—¿Si, se amarian!

Andrés no lo dudaba.

Si algun obstáculo se levantaba entre ellos, estaba decidido á superarlo.

Cuando dos dias antes habia escrito á Santiago de Brandes, la carta que destruía las esperanzas del baron, aun vacilaba. Enamorado ya de la vision encautadora del restaurant Follet y del balcon de sus vecinas, estaba bajo la influencia de uno de esos entusiasmos de la juventud que suelen desaparecer.

Pero ahora comprendia ya que su vida estaba ligada á la de Juana.

Marchaba por las aceras con la cabeza levantada hácia las nubes, el espíritu transportado á las esferas de las ilusiones y de los encantadores proyectos.

Le parecia que habia crecido dos palmos y que su frente llegaba á la altura de los entre-suelos.

Su amor le trasportaba por encima de nuestras esferas terrestres.

En fin, amaba, y para él Juana era el solo ser digno de atencion.

Se marchó por los muelles, para refrescar sus ideas y bañarse en el aire tibio de la noche y á la vuelta volvió por la calle de Bac y llegó á su casa á eso de las once.

Cuando entró le llamó el portero.

—Señorito Andrés.

—¿Qué?

—Una carta para vos.

La cogió y miró el sobre, lo rompió á la luz de un mechero de gas, que alumbraba el patio, que era preciso atravesar para llegar á su pabellon.

Desde que leyó los primeros renglones, se contrajo su rostro; cuando leyó los últimos, temblaba de despecho y de irritacion contenida.

Se encontraba enfrente de un obstáculo que no habia previsto. ¡Aquella carta le colocaba entre dos afecciones, entre la antigua y la moderna!

Jamás se habia opuesto Santiago de Brandes á ninguno de sus deseos. ¡Por el contrario, el baron en su ternura esclusiva, previsor y paternal, los adivinaba!

—¿Y se oponia á aquel que por sí solo podia asegurar su felicidad!

—¿Seria preciso luchar con el hombre á quien lo debia todo, que le habia colmado de bondades y de pruebas de cariño!

En la escalera volvió á leer la carta.

Era desoladora.

La ruina amenazaba al baron. ¡Los gastos de su educacion, de él, de Andrés, habian ensanchado la brecha por donde esta habia entrado! ¡Y Santiago llamaba ilusiones á sus esperanzas!

Llegó á la puerta de su habitacion, pensativo y desesperado por aquella inesperada valla que se presentaba de improviso ante él.

Por la cerradura salia luz.

Esto le llamó la atencion y entró.

El tío y el sobrino se encontraron frente á frente.

Andrés dió un paso hácia atrás.

—¿Tú aqui?—dijo á Santiago.

—¿No te lo ha dicho el portero?

—Se le habrá olvidado.

—¿Te asusto?

—No lo creas—dijo el interno arrojándose en sus brazos.

Después de haber puesto la carta en el correo, el baron había pensado mejor.

Las palabras de Bechard eran demasiado expresivas, y en el fondo estaban llenas de buen sentido para no levantar la parte moral de Santiago.

Había pensado que era preciso no abandonarse al desaliento y jugar el todo por el todo, que con un rápido esfuerzo triunfaría fácilmente de lo que no podía ser más que un amorcillo sin consecuencias, que era necesario obrar con prontitud y cortar el mal de raíz.

Al día siguiente por la mañana se puso en camino; Hilario le llevó a la estación más próxima, en donde pudo tomar el tren para París.

Había llegado por la noche a primera hora.

—No esperaba verte esta noche—dijo a Andrés.—Pensaba ir mañana al hospital. ¿Vienes de allí?

—Sí.

—¿Y cuándo regresarás?

—Mañana por la mañana.

—Tanto mejor; así podremos hablar extensamente.

—Como quieras—dijo Andrés.

Se habían sentado el uno frente al otro.

—Primero toma esto—dijo el baron, dándole uno de los billetes de Bechard.—No es conveniente que un Fresnaye esté sin un céntimo.

—¡Necesito tan poco ahora!—exclamó Andrés.

—¿Lo crees así? Te equivocas. Cuando el bolsillo está vacío, no se atreve uno a levantar la cabeza y le falta corazón. Tú lo experimentarás. ¿Has recibido mi carta?

—Hace un momento.

—La escribí en un instante de impaciencia, y temo haberte disgustado. Por eso he venido.

—¡Pobre padre!—dijo Andrés, conmovido por el tono con que habían sido dichas aquellas sencillas palabras.

—Hablando puede uno comprenderse mejor; se explica uno con más claridad. Tú ya sabes cuánto te quiero.

—Sí.

—Hay algunas personas a quienes aborrezco. ¿No hay más que un solo ser a quien amo, Andrés, y ese eres tú!

—Entonces tú quieres mi felicidad.

—Nada más que tu felicidad.

El interno tuvo una inspiración.

—¡Si la conocieses!—se aventuró a decir.

El baron extendió la mano.

—¡Jamás!

—¿Por qué?

—Puesto que tú la amas, es que tiene buenas cualidades; es que es hermosa sin duda, buena tal vez...

—¿Pues bien?

—No quiero dejarme seducir. Esa joven será tu perdición.

—¡Oh!

—Tu perdición y la nuestra... el fin de nuestra raza... tu envilecimiento, sin remedio... Escúchame.

Andrés dirigió una mirada desolada al pabellón en donde dormían las dos jóvenes, de quienes acababa de separarse.

Santiago de Brandes observó aquella mirada; pero no pudo deducir nada de ella.

Los balcones de la casa de enfrente estaban a oscuras.

En la casa del abuelo Gombault todo el mundo descansaba.

—Tú no sabes lo que son los sufrimientos—dijo Santiago.—No los has conocido; a los veinte años, a tu edad, no se tiene idea de ellos. No se ve más que el sol, el espacio, la salud y el amor, el amor que nos pierde; pero que nos seduce y encanta. Son bienes con los cuales se pasa uno fácilmente sin los otros, los verdaderos, aquellos con los cuales se compra y obtiene todo lo demás. No quiero nada para mí. Viviré, sin que me importe, en un tabuco ó en

una celda, como un fraile ó como un aldeano. Pero he soñado para tí, Andrés, otro porvenir. Tengo una ambiciou. Quiero verte rico, que vuelvas á ocupar el rango que te corresponde, ó cuando menos que estés fuera del alcance de ese terrible mal que nos anula, que nos abate, que nos aniquila; la miseria. La miseria es relativa, no es la misma en el cuchitril de un desgraciado obrero cargado de familia, que no puede mantener, que en la derrumbada casucha de un hidalgo arruinado, que en la casa de un abogado sin causas, ó en la de un médico sin enfermos. En todas partes es fea. ¡Y cuanto más brillante es el apellido, más odiosa es la miseria, más nos aplasta la humillacion! Tu lo ignoras, pero yo lo sé.

El interno sonreía.

¡Que le hablaban de miseria! ¡Existía esta siquiera! ¡El tenía mil francos en la mano, mil francos que no esperaba ni pedía! ¡Se creía estar seguro de ser amado! Las miradas de Juana Barfleur se lo habian dicho. Con un último esfuerzo, pintándola la ardiente pasion que por ella sentia, ella misma se lo diría. Todas las melodias del amor cantaban á la sordina en su alma. ¡Eran momentos para pensar en las humillaciones, en la miseria y temores del porvenir?

El baron comprendió aquella sonrisa y sonrió tambien, pero con amargura.

—No me créas—le dijo—y yo no podria quererte mal. Ese amor de que me hablas te deslumbra y te ciega. Vengo á abrirte los ojos. ¿Quieres salir de dónde proviene ese dinero que te he dado?

—No.

—Del bolsillo de un usurero. Yo no encontraria diez mil francos en otras parte. Mis bienes están empeñados. Las deuda absorben las miserables rentas y aun más. No queda un arbol en pie en Brandes, á excepcion de los de la Avenida que no valen cien escudos y que no me atrevo á derribar por respetos humanos. No sé

dónde concluiré mis dias y si no me veré obligado, de aquí á algunos años, á pegarme un tiro para evitarme el pedir limosna, y sin embargo. Dios sabe que no soy exigente...

—¡Oh padre mio!...

—¡Esto respecto á mí! ¡Mira el pasado! ¿Te acuerdas de tu padre y de tu desgraciada madre?

—Yo os suplico...—dijo Andrés.

—Las heridas se curan cauterizándolas. Tú eres médico y lo sabes. Mi hermana Teresa tambien era hermosa como la que tú amas. El baron de Fresnaye se casó con ella. El era más rico que ella. Con los ciento cincuenta mil francos que le quedaban, descontento de los medios de vida conque contaba, intentó probar fortuna. Esta fué cruel. Lo es generalmente para los hidalgos que decayendo de su categoria, corren tras de ella. Vencido, tu padre tomo una determinacion heróica. Hubiera podido ir á Brandes á participar del último pedazo de pan de la familia. No quiso. Consagró su última moneda á la adquisicion de un cubo de carbon. Teresa y él se suicidaron como criados, como las criadas abandonadas por sus amantes. ¡Y te ríes de la miseria!

Andrés se encogió de hombros.

—¡Si, comprendo, porque esperas desafiarla, porque te crees con armas para combatirla, porque te supones más fuerte que los demás! ¡Qué error! Tu porvenir tiene sus contras. ¿Quieres conocerlas? Intentarás algun tiempo luchar con las dificultades, ganar el dinero necesario para tus principios, lo que se necesita para esperar una clientela que no cambia su curso sino con el tiempo y esfuerzos supremos. ¡Es como los rios á los cuales se quiere cambiar de cauce! ¡Y pronto, fatigado, cansado como otros muchos, abandonarás París, terreno en donde crece la gloria y el dinero que la sigue, para ir á sepultarte en algun lugar aislado, sin competencia que vencer, pero sin porvenir y sin esperanzas de fortuna y te considerarás de-

masiado feliz si puedes vivir allí en paz, en compañía de aquella á quien maldecirás, como un caminante maldice la roca que le corta el paso ó la abalancha que le mata!

Santiago de Brandès se expresaba con vehemencia. Se veían en él todas las amarguras del vencido y todos los rencores de la derrota.

—Esta es nuestra última carta—repuso.—Tú la arrojas. No quiero ni obligarte ni imponerte mis opiniones y mis deseos. Hubieras debido pensar que eres de una raza que ha tenido su época de esplendor y que puedes ver aun á tu lado á algunos de los tuyos, ante los cuales te será preciso avergonzarte por la humildad de tu condición.

—Pero, en fin, ¿qué esperais, tío? ¿Que somos pobres! ¿Cómo remediarlo?

—¡Ah! ¿qué sé yo? ¡Es preciso esperar! ¿Quién puede decir lo que pasará mañana?

—¿Esperar?

—Sin duda. ¿Tienes prisa por concluir! ¿Para qué comprometerte? ¿Para qué atarte las manos? ¿Adónde irás con ella? ¿Has pensado siquiera en que es preciso alquilar una casa, aunque sea muy modesta, para vivir? ¿Puedes mantenerla esperando clientes que no vendrán á llamar á tu puerta? Si es ambiciosa ella, aunque tú no lo eres, ¿soportará la indigencia con que os será preciso luchar?

—En fin, ¿qué exigís?

—Recurro á tu razon. ¿Te llamas el baron Andrés de Fresnaye; eres el primo y el heredero, tal vez, de la señorita de Royel Libre, puedes pretender un matrimonio que te eleve á la categoría en que debes estar, dándote además seguridad y reposo. ¡Preso en las redes de esa joven, estás perdido, perdido sin remedio! Si tienes un mediano éxito, te sepultas en esa comun medianía. Llegas á ser el señor de Fresnaye, doctor en medicina á diez francos la visita. ¡Vamos! Un baron de Fresnaye puede curar á los enfermos, pero no enviarles cuentas. Es una idea mia, tal vez solo mia, pero la tengo. La

raza ha concluido. Si tus esperanzas no se realizan, si no te abres un camino, zozobras en un abismo! ¡Quiero detenerte! ¡Escucha! ¡Persigo un gran asunto! ¡Aún tengo alguna esperanza! Concédeme un plazo de algunas semanas, de algunos meses tal vez. Despues, si es preciso perecer, te suicidarás casándote con esa muchacha. Este será un medio de concluir. Tu madre no necesitó más que un cubo de carbon. ¡Tu matrimonio te será tan funesto como aquello! Será tambien el acto de un desesperado.

Santiago de Brandès dejó caer la cabeza sobre una de sus manos.

Estaba de codos en la mesa colocada entre su sobrino y él.

—Había soñado recuperar el rango á que tenemos derecho—dijo en tono feroz, como hablándose á sí mismo. Hubiera cometido crímenes por conseguirlo, pero veo bien que estamos condenados. ¡Todo se conjura contra nosotros, hasta ese maldito amor que te liga á la cadena de miseria que he querido romper!

Andrés se levantó y le puso la mano sobre el hombro.

—¡Oh! si tú supieras—dijo á su tío.

—¡Cállate! La aborrezco por el mal que te causará si no tienes valor para olvidarla.

Y como el interno abría la boca dispuesto á hablar:

—No me respondas—le dijo el baron.—Reflexiona. Soy rígido, tal vez, pero es mi cariño quien me inspira. ¡Teme la miseria! ¡Es nuestro peor enemigo! ¡Lo comprenderás más tarde si conoces los siniestros pensamientos que engendra! Vete á dormir.

Atrajo á Andrés hácia sí con un gesto brusco y le besó.

El interno pasó á su habitación.

Estuvo largo tiempo contemplando el oscuro pabellon de sus vecinas.

Comprendía que su tío tenía razon.

Sus proyectos de establecimiento, sus sueños de éxito eran inciertos.

Amar á Juana era cerrar la puerta á sus esperanzas.

Una boda podia restablecerlo todo; pero por otra parte, le repugnaba deber su posicion al dote de una mujer y no á su trabajo y á su mérito personal.

Mil confusas ideas luchaban en su cabeza.

Pero por encima de todo esto, se cernia el angelical rostro de Juana. A pesar suyo, la veia con sus grandes é inolvidables ojos azules, su color pálido y sus facciones tan delicadas y tan perfectas, en las cuales habia una espresion de inefable bondad y como una súplica que se dirigia á él.

¿No sería un remordimiento para toda su vida, porque no se lo podria perdonar, haber pasado un dia al lado de la dicha y no haber sabido apoderarse de ella?

Envió un beso á las cerradas ventanas. Una ráfaga de amor subió del corazon á los labios y murmuró como obligado por un poder desconocido:

—¡No tengas miedo! ¡No te abandonaré! ¡Y si es preciso perecer, pereceremos juntos!

 XI

Calma engañadora.

Servoz se separaba de Juana Barfleur en un singular estado de espíritu.

No era la primera vez que sufría un descalabro.

Otras mujeres, de aquellas que la necesidad ponía bajo su dependencia, se le habían resistido.

Las que esto hacían pronto sentían el furor de su venganza.

No tardaban en oír, bajo el más fútil pretexto, la terrible orden que las ponía en la calle:

—Pasad á la caja.

Pero era la primera vez que su descalabro le llegaba al corazon.

Todas sus ideas estaban trastornadas.

¡Su orgullo feroz se sublevaba y sus salvajes deseos aumentaban por aquella resistencia, suave, pero inquebrantable!

Servoz ocupaba, en la esquina de la calle de Argel, una habitación de soltero muy confortable, en el cuarto piso de una casa que daba por un lado á la calle de San Honorio.

Aborrecía la orilla izquierda, el barrio en donde estaba su almacén.

Sus aficiones le llevaban hacia el refinamiento de la vida oriental, y si hubiera tenido los millones de su patron, hubiera ostentado un tren de gran visir.

Entre tanto, porque él no desperdiciaría alguna buena ocasión para coger á la fortuna por los cabellos, gastaba pródigamente los quince ó diez y seis mil francos que ganaba por año.

Y aun así, la mayor parte del tiempo andaba escaso de dinero.

Al pasar los puentes iba agitado por una cólera sorda, disimulada ante Juana Barfleur, cuya tranquila arrogancia le intimidaba.

Cuando estuvo solo, su carácter violento recuperó sus derechos.

¡Cómo se había burlado de él aquella joven! ¡Con qué fingida candidez le impulsaba á aquellas declaraciones, á aquellas amenazas, que un mayoral de un ingenio no hubiera tenido la desvergüenza de dirigir á una negra, hace un siglo, en la colonia más recóndita!

¡Con qué tranquila frialdad le había hecho contenerse!

¡De dónde salía aquella mujer!

¡Qué desdén en su voz cuando le decía:

—¡Llamadme señorita Aubin, os lo ruego!

La rabia le ahogaba.

Tenía necesidad de aturdirse, de respirar en otra parte, en medio del ruido y de las luces.

En lugar de entrar en su casa, se marchó por la Avenida de la Opera hasta el Boulevard y entró en el Eden.

Servoz concluía con frecuencia sus *soirées* en aquel teatro, en donde entonces se estaba poniendo el célebre baile *Excelsior*, cuyos triunfos borraron todos los de los demás.

El Eden gozaba de sus cortos años de éxito.

El paseo estaba lleno de mujeres, de extranjeros y de una multitud extremadamente mezclada.

Servoz, en medio de aquella batahola y de los sonidos de la orquesta, no oía más que una voz lenta y grave que le respondía sin cólera:

—¡Si es preciso venderme para conservar mi plaza, no me venderé!

¡Y con qué aire le trataba cuando se propalaba á familiaridades demasiado atrevidas!

—¡Llamadme señorita Aubin!

Estas palabras, sobre todo, acudían sin cesar á su imaginación.

Eran como una canción que le cantaban á los oídos á cada instante. Producían sobre su orgullo exasperado el efecto de una cauterización sobre una herida.

¡Pero cómo se vengaría él!

En verdad, Juana no pensaría lo que la esperaba.

Era preciso cambiar de procedimiento. ¡Vería lo que iba á suceder!

¡No tendría otro remedio más que someterse ó marchar: liar el equipaje, ó ceder!

Y trazaba, en medio de la multitud, con su bastón, el movimiento de despedir á la desgraciada.

—¡A la caja, en seguida, de prisal!

Este era sencillamente su procedimiento.

Después reflexionaba que si la despedía no la volvería á ver.

¡Pero podía resignarse á cedérsela á otro, á dejarla correr aventuras, que no la faltarían?

¡En dónde encontraría una joven igual?

No, jamás entre las chicas del almacén, de las cuales algunas eran verdaderamente encantadoras, había visto una que ni aun se la pareciera.

Todas aquellas criaturas del Eden, espectadoras de casualidad, ó abonadas, entre quienes paseaba, y las había bonitas, le parecían vulgares horrores en comparación á su ídolo.

—¡Seré despreciado realmente yo? ¡Servoz?— se preguntaba lleno de ira.

E intentaba sacudir, arrancar de sí aquellas ideas.

—¡Vamos!—decía con cólera—¡por una muchacha! ¡Yo! ¡yo! ¡yo!

Estaba tan solo con sus pensamientos, que le absorbían en medio de aquella multitud, como si hubiera estado en un bosque.

Ivona, uno de sus conocimientos, le tocó en el hombro.

—¡Pagas un *bock*?—le preguntó con voz ronca. Servoz parecía que despertaba sobresaltado.

—Vete al diablo—la dijo sin volverse.

—¡Oh! ¡estás poco fino esta noche!

Servoz la reconoció.

De ordinario era él bastante cortés con aquellas mujeres, de las cuales algunas le honraban con su clientela.

—Dispénsame—la dijo—estaba distraído.

—Bien se ve.

Compró su perdón con una moneda de cinco francos y antes de que el baile terminara tomó la escalera y se marchó.

Fué á tenderse á su casa en una ancha y blanda butaca, guarnecida con esos espesos tapices de Oriente que los grandes almacenes han puesto en boga; encendió un cigarro, se recostó sobre el respaldo de la butaca y se puso á contemplar las espirales de humo.

¡Cosa extraña!

En cada una de las nubes de humo que se elevaba, creía ver el delicado perfil de la joven, su finísima epidermis, en la cual las venas, de una sangre purísima, formaban una ligera red azul; sus largos cabellos sedosos y sus grandes ojos, que le fascinaban al mirarle.

Arrojó el cigarro y trató de dormir.

Vino el sueño, pero agitado por aquella imagen burlona, de la cual no podía desentenderse.

Al día siguiente por la mañana, salió y se fué á pasear á las Tullerías, esperando á que abrieron los almacenes.

¡Se prometía triunfantes represalias contra aquella desgraciada que había tenido la audacia de defenderse!

—Será preciso cambiar de procedimiento—pensaba.

Las flores de los *parterres* erguían sus tallos y comenzaban á crecer con vigor, dibujando sus mosaicos en las cenefas.

Por el paseo que conduce desde la calle de las Pirámides al Puente Real, grupos de empleados se dirigían hacia las oficinas y talleres.

Servoz consultó su reloj y siguió el ejemplo de aquellos.

Salió del jardín, siguió el muelle y entró en el puente del Carrousel para ir á la calle Bonaparte.

Estaba en medio del puente, cuando vió á una joven morena vestida de negro, muy elegante, que venía en sentido contrario y pasó á dos pasos de él.

Servoz se detuvo.

—Dispensadme—la dijo,—¿no sois la señorita Aubin?

—Sí, señor.

—¿No sois la mayor?

—Sí, señor.

—¿Habeis ido á presentaros al boulevard de San German?

—Sí, señor.

Los ojos de Colette trataban de poner un nombre sobre aquella fisonomía que no le era desconocida.

Servoz lo notó y se apresuró á decirle su nombre y su empleo.

—Hubiera querido colocaros con vuestra hermana—le dijo—pero era imposible, por desgracia.

—¡Oh!—dijo Colette con aire de duda—¡con un poco de complacencia!...

—¡Los asuntos marchan tan mal! ¡Tenemos tanta gente!

—Y además—añadió viendo su incredulidad—yo no soy el amo. ¿Estais colocada?

—Sí, señor.

—¿Es en casa de las hermanas Dufrane en donde estais?

—En efecto.

—¿En la venta?

—Desde hace pocos días.

Servoz miraba con curiosidad á Colette, pero ella sostuvo aquel examen sin pestañear.

—No ofrece porvenir aquella casa—le dijo.

—Es buena para principiar. Allí aprenderéis. Pero es preciso que salgais tan luego como podais.

—¡Salir de allí!—objetó Colette.—Eso es fácil hacerlo. ¿Pero adónde iré?

—¿Adónde? A nuestra casa, más tarde, para la buena época. Cuando se entra allí es para mucho tiempo, á menos que no se sea razonable...

Apoyó con intencion estas últimas palabras, y añadió:

—Decidselo á vuestra hermana, si ejerceris alguna influencia sobre ella.

—Mi hermana es siempre razonable—afirmó Colette con decision.—Si las hay que obren sin juicio, no es ella de esas, os lo aseguro. La conozco bien.

—¡En fin, de todos modos, decidla algo—repuso Servoz—y mucho ánimo! Me alegro haberlos encontrado. ¡Que lo paseis bien en casa de Angela!

El tono de Servoz no carecia de ironia y de segunda intencion.

Se separaron.

El Saboyano no pudo contener un gesto de satisfaccion.

—¡Diablo!—se dijo;—yo habia visto mal á ésta; es casi tan hermosa como la otra. Debimos haber tomado á las dos. Pero juntas se hubieran alentado la una á la otra y no se hubiera podido conseguir nada.

Al cabo de cinco minutos, la mayor de las Aubin estaba ya lejos, y Servoz no pensaba ya en ella.

Juana no tenía que estar presente para preocuparle.

Tomó la calle Vizconti, arrastrado por ese

instinto que nos impulsa hacia los sitios en donde respiran los seres á quienes amamos.

En el momento en que entraba en ella vió, al otro extremo á Juana que se dirigia hacia el almacén.

Apresuró el paso para alcanzarla.

En la esquina de la calle Jacob, un joven parecia esperarla.

El desconocido la saludó con gracia, cambió con ella algunas palabras y la acompañó hasta el boulevard San German.

Allí se estrecharon la mano; el joven saludó de nuevo y continuó su camino.

Servoz, que los veía desde lejos, sintió que unos celos atroces le roían el corazón.

¡Aquel era sin duda el pretendiente preferido! Apenas hacia un mes que vivian en el barrio y ya tenía conocimientos; ¡una intriga tal vez! ¡Las mujeres son todas iguales!

La siguió á treinta pasos de distancia, admirando su majestuoso andar, su talle tan bien formado y los bucles de sus hermosos cabellos, que caían sobre su cuello de deslumbradora blancura.

Cuando llegó al Tisserand, Venotte acechaba por las inmediaciones de la puerta de dorados mosaicos.

Servoz trató de evadirse, pero el inspector le cogió por los faldillines de la levita.

—¿Y bien—le preguntó con tono burlón,—lo pasasteis bien anoche?

—¿Qué quereis decir con eso?

—¡Me han contado buenas cosas!

—¿Quién?

—Ese es mi secreto.

—Guardadlo.

—Teneis mucha prisa, querido—repuso Venotte.—¡Vamos! ¡dejadla respirar un momento! ¡qué diablo!

—No os comprendo.

—Por el contrario, me entendeis perfectamente, ¿Estais contento?

—Mi querido Venotte—dijo Servoz algo in-

comodado,—no me gustan los enigmas. Cuando queráis una contestación sed claro.

—Creía serlo, en verdad.

—No lo sois bastante conmigo.

Servoz dió un paso para alejarse.

Venotte le retuvo.

Y bajando la voz, le dijo:

—¿Qué decíais á la señorita Aubin ayer noche á las nueve y media, en el muelle de los Agustinos? ¿Que queréis casaros con ella?

Servoz no se desconcertó.

Y mirando al inspector con aire de reto, le dijo:

—Aun cuando eso fuera, ¿no estoy en mi perfecto derecho?

—Sí, en verdad. ¿Qué os contestó?

—Preguntádselo. Ella os lo dirá tal vez. ¡Buenos días!

El ex-policia le dejó marcharse.

—La cosa empieza—pensó Venotte.—Será curioso. Veremos.

En el fondo, él estaba muy vejado. Aquel Sabyano era insaciable. ¡No había más que para él! No se podía recoger más que lo que él dejaba.

Dirigiéndose á su obrador, Servoz se repetía á sí mismo las palabras de Venotte.

—¡Casarse con ella!

¿Por qué nó? Era la primera vez que admitía la idea del matrimonio. Era preciso que su imaginación estuviera muy impresionada.

Y un instante despues, juzgaba ridículo que le hubiera ocurrido solo la idea de llegar á tal extremo. Siempre sería tiempo de recurrir á este medio y tenía otros recursos á su disposición.

Cuando entró en sus salones, porque no se puede dar otro nombre á aquellos soberbios pasillos cubiertos por espesas alfombras doradas en sus cuatro frentes y en los cuales cada armario y hasta cada estante, podía pasar por una obra maestra de ebanistería, buscó con la mirada á la jóven rubia.

Juana estaba en su puesto algo pálida y en su fisonomía se notaba alguna inquietud.

Se comprendía que la noche no había sido buena y que la pobre muchacha debía estar entregada á amargas reflexiones.

Servoz no la dirigió la palabra.

La saludó con indiferencia y pasó.

Durante algun tiempo la trató con la desprecupación y rudeza que usaba para con las demás.

—Parece que eso no cuaja—decía la señorita Cadot, á quien nada se la escapaba.

Juana pudo respirar y se creyó libre de las inoportunidades de Servoz.

Por otra parte, el mismo señor Plessis desapareció casi por completo del obrador y no se presentaba más que de tarde en tarde.

Cuando pasaba por casualidad, al lado de Juana, la dirigía algunas palabras, pero amables é insignificantes, más bien llenas de interés.

—¿Os vais acostumbrando? ¿Estais contenta?

—Sí, señor.

—Bien.

Y esto era todo.

La señorita Amada, que imperaba en la vecindad del obrador de modas, parecía no ocuparse ya de la que le había hecho sombra desde el primer día.

Venotte había contado al patron el paseo del muelle de los Agustinos, y el señor Plessis, que juzgaba las rivalidades indignas de él, dejaba á Servoz y á la jóven arreglarse, muy contento de la resistencia de la dependiente y cuya arrogante y dulce fisonomía le daba ya en que pensar. Se contentaba con hacerlos vigilar de cerca, procurándose así la distracción de una de esas novelas que se desarrollan con tanta frecuencia en medio de tantas pasiones é intereses que son contrarios.

No pensaba el desenlace que aquello debía tener.

La hija de Germana libre de las persecuciones de aquel temible admirador, se dedicaba

completamente á su mision, y aprendió en poco tiempo las delicadezas del oficio y las picardias de la venta.

Se granjeó por su dulzura y condescendencia, por la sencillez de sus modales, la amistad de sus compañeras y estinguió las celosas preveniciones que su belleza suscitó en un principio.

Pudo, pues, gozar de algunas semanas de tranquilidad, y además, por otra parte, encontró una distraccion á sus preocupaciones y á sus temores.

Una noche que se retiraba muy temprano, el abuelo Gombault, siempre muy afectuoso con las dos hermanas, la llamó diciéndola:

—¡Una carta para vos, señorita!

XII

Declaracion.

Juana Barfleur alargó la mano.

—¿No ha venido mi hermana?—preguntó.

—Todavía no.

—Está bien, voy á buscarla.

Subió primero á su habitacion, deseosa de saber lo que contenia aquella carta.

¡Estaba agitada por un dulce presentimiento, y sin embargo te na miedo!

¡Solo *el* podia escribirla.

¡*El!*

¡Si usaria el mismo lenguaje que los otros!

¡Qué decepcion!

Despues de haber estado quince dias sin aparecer por su domicilio, iba desde hacia poco tiempo casi todas las noches.

Y durante aquellas hermosas noches de primavera, las dos hermanas oian la voz del interno que cantaba las más apasionadas óperas italianas y francesas.

Las ventanas de los alrededores de los jardines se llenaban de aficionados, y algunas veces sonaban aplausos detrás del follaje.